

HI14-78

457 COPIAS

Ariel Historia

Joaquín Gómez Pantoja (coord.)

HISTORIA ANTIGUA
(GRECIA Y ROMA)

Ariel

en este libro se recalque de forma especial cuáles y cuántas son las fuentes disponibles para cada periodo, señalando su fortaleza y sus defectos. Pero fuera de esta imposición, el coordinador del libro dio a los autores de los diversos capítulos, todos ellos profesores universitarios de gran experiencia docente e investigadora, absoluta libertad para enfocar sus encargos, en el convencimiento de que la variedad resultante es un factor docente útil y revelador de la notable diversidad de enfoques y planteamientos que una misma materia admite.

CAPÍTULO I

EL MEDITERRÁNEO ORIENTAL EN TORNO AL AÑO 1000 A.C.

FEDERICO LARA PEINADO
Universidad Complutense de Madrid

1. El problema de las fuentes

A partir del año 1200 a.C., fecha tradicionalmente aceptada como la de la invasión de los llamados Pueblos del Mar, la documentación (tanto la escrita y, en buena parte, la arqueológica) desapareció en la práctica del ámbito del Mediterráneo oriental. Las Crónicas asirias enmudecieron para recuperarse tan sólo a partir del año 934 a.C.; Egipto había cancelado sus actividades fuera del país, salvo esporádicas empresas comerciales y sencillas intervenciones militares en Palestina; Babilonia atravesaba un periodo decadente; Siria no articuló ningún tipo de inscripciones anteriores al siglo IX a.C. De Fenicia, la difusora del alfabeto, no se poseen —por paradójico que parezca— testimonios escritos, salvo cortas inscripciones. Por su parte, la mitología griega y la poesía homérica y hesiódica no aportan nada de interés histórico para los tiempos vividos en torno al año 1000 a.C. Muy poco es también lo que puede extraerse de Tucídides que aludió a las migraciones de Tesalia a Beocia y a la llegada de los dorios con los Heráclidas al Peloponeso, además de citar la emigración de atenienses a Jonia e islas del Egeo. Lo mismo puede decirse de los pocos datos aportados por Tirteo y Píndaro. Tan sólo Israel puede presentar algún tipo de información extraíble del Antiguo Testamento, fuente que sirve también para constatar la existencia de diferentes estados arameos y de tribus transjordanas.

Por otro lado, los testimonios arqueológicos, debido a diversas causas, son asimismo muy limitados para estudiar el modo de vida y el desarrollo político de aquellos tiempos.

2. Panorama del Mediterráneo oriental en torno al año 1000 a.C.

Como se ha visto, la escasez de fuentes impide profundizar en las causas que habían motivado la decadencia que sobrevino sobre la totalidad del Mediterráneo oriental a finales del II milenio precristiano. Se ha señalado por algunos especialistas que la

causa principal de dicha decadencia fue el ataque de los Pueblos del Mar, que había tenido lugar dos siglos antes. Sin embargo, el colapso que se produjo a continuación no puede ser atribuido en exclusiva a tal ataque, sino que hubo de obedecer a otra serie de factores que, sumados todos, sí pudieron ser los responsables de la situación.

Acerca de los Pueblos del Mar es todavía mucho lo que se desconoce, comenzando por señalar la ignorancia que se tiene sobre quiénes eran y de dónde venían. Las referencias egipcias, de hecho muy parcas (textos del templo funerario de Medinet Habu y del Gran Papiro Harris), acerca de las «gentes del norte venidas de todas las tierras» no sirven para articular sobre ellas todo el proceso de decadencia que vivió Anatolia, el Levante mediterráneo, las islas del Egeo y Grecia.

No existen pruebas de una invasión masiva sobre Anatolia y más en concreto sobre Hattusas, la capital del Imperio hitita, aunque sí se ha constatado arqueológicamente un vacío poblacional. Tampoco puede hablarse de destrucciones generalizadas, pues muchas sedes hititas no sufrieron el más mínimo daño, caso de Karkemish, que continuó controlada por virreyes descendientes de la rama real hitita.

Tampoco se puede argumentar que la caída de Ugarit (hoy Ras Shamrah) hubiese sido debida a los Pueblos del Mar, pues las cartas que se poseen de los últimos momentos de este reino no permiten aceptar tal hipótesis.

Se han barajado otras causas para tratar de explicar la situación sobrevenida. Malas cosechas, inundaciones, terremotos, grupos de desclasados devastando campos de cultivo, cortes de las rutas comerciales, epidemias, luchas políticas internas pudieron haber sido factores desestabilizadores que, junto al desplazamiento de unas gentes que habían agotado sus recursos, contribuyeron al panorama decadente que se observa a partir del 1200 a.C., y agudizado, sin duda, en torno al año 1000 a.C., dando paso así a una verdadera Edad Oscura (*Dark Age*, según la terminología anglosajona). Cuando pudo superarse la misma, el mapa histórico y político había cambiado. Habían surgido nuevos Estados, caso de los reinos neohititas, de Israel o de la pentápolis filisteas, gentes semitas se habían instalado en enclaves sirios, caso de los arameos, capaces de crear pequeños reinos, diseminados desde el Tigris hasta la costa mediterránea, o bien ocupando la costa, caso de los fenicios en sus ciudades-Estado independientes.

Asiria, por su parte, hubo de hacer notables esfuerzos militares para contener y controlar a los arameos. Egipto, después de los incapaces ramésidas, hubo de abandonar su política de expansión sobre Palestina y Siria, y Grecia había visto el colapso final de su brillante civilización micénica. Hasta el inicio del siglo IX a.C. vivirá en una plena Edad Oscura (período protogeométrico), larga etapa durante la cual llegó incluso a desaparecer la escritura.

2.1. LAS MIGRACIONES SEMITAS

El Próximo Oriente asiático fue escenario de la civilización de diferentes pueblos semitas, que surgidos, según las modernas teorías (*teoría del arabismo*), de un origen geográfico común (Arabia) y en diferentes oleadas, escalonadas cronológicamente, llegaron a distribuirse por Mesopotamia, Anatolia, Siria y Palestina.

Después de una primera migración, tenida en el curso del IV milenio precristiano, y que alcanzaría el golfo Pérsico, tras haber colonizado el país de Akkad con la ins-

talación de una floreciente dinastía, se produjo la migración de los amorreos —creadores de la primera dinastía babilónica, con la señera figura de Hammurabi— y la de los cananeos, de hecho una rama amorrea. Los primeros, a mitad del III milenio a.C., aparecieron en Siria y luego en Mesopotamia; los segundos en Canaán. La Biblia deja entrever que toda la población preisraelita —sin consideración étnica alguna— fue cananea o si se quiere amorrea. Amorreo es, sin duda, el nombre de la propia Jerusalén. Asimismo, semitas fueron los conquistadores de Asiria, recibiendo de la región su específico nombre. No debe olvidarse que el padre de Shamshi-Adad I de Asiria (1813-1781 a.C.) se llamaba Ila-Kabkabu, nombre claramente amorreo.

Entre aquel milenio y el siguiente se hallan nuevos semitas nomadeando por Siria y Mesopotamia del Norte. Se trata de la primera presencia de los arameos. Poco después aparecen los hebreos en Canaán, adonde habían arribado desde la Baja Mesopotamia, así como los fenicios, semitas estos que se situaron en la zona norte de Canaán y a lo largo de la costa mediterránea.

Un pueblo, precursor del arameo, fue el de los *akhlamu* (literalmente, «los compañeros», «los socios»), enemigos de los asirios entre los siglos XV y XII a.C. Tales gentes, en compañía a veces de arameos, se dedicaron al pequeño comercio de trueque, al pillaje y al servicio de las armas (mercenarios). En los textos de Tiglath-Pileser I (1115-1077 a.C.) se habla de las luchas de tal rey asirio contra los *akhlamu* (*akhlamia am-Armaia*) y en los de Assur-nirari II (911-890 a.C.) quedan calificados como *gente de la estepa*.

Igualmente, los *suteos* aparecen emparentados con los arameos, si bien su antigüedad era mucho mayor, pues participaron en los primeros movimientos de amorreos y de *akhlamu*. Su mención más importante aparece en un texto literario (*Poema de Erra*), fechable en el siglo XI a.C., en un contexto de clara guerra civil, coincidiendo con el reinado de un tal Adad-apla-iddina (1068-1047 a.C.), un arameo que había ocupado el trono de Babilonia, pero que había sido incapaz de hacerles frente.

2.2. LOS ASIRIOS

Asiria, conquistada y dominada por los semitas, inició su devenir histórico con la dinastía de los *waklu*, reyezuelos que a finales del III milenio a.C., todavía «habitaban en tiendas», esto es, seguían con su vida seminómada. Luego, tras una corta dinastía de nueve reyes (la de Puzur-Assur), se abrió paso el Imperio Antiguo, creado por el precitado Shamshi-Adad I, de estirpe amorrea. Sin embargo, en tiempos del Imperio Medio, hacia comienzos del I milenio a.C., Asiria fue incapaz de mantener el prestigio de los siglos anteriores, debido al trauma que para tal potencia había significado por un lado la presencia de los arameos (primeramente de los *akhlamu*) —Tiglath-Pileser I, como se dijo antes, había debido de luchar contra ellos en catorce ocasiones— y por otro al eco todavía no muy lejano de la grave situación internacional del Próximo Oriente, que había obligado a dicho rey asirio a luchar contra algunos de los estados neohititas, surgidos en Anatolia después de la desaparición del Imperio hitita. No obstante, Asiria había logrado con Tiglath-Pileser I arribar al Mediterráneo oriental, en donde exigió tributo a varias ciudades fenicias, entre ellas, Biblos, Sidón y Arwad. Aquellas campañas y la ausencia del rey de su capital sirvieron de acicate para que

Babilonia declarase una vez más la guerra a Asiria. Estos enfrentamientos, además de debilitar a ambas potencias, sirvieron para que la presencia aramea se consolidara en Mesopotamia.

Con sus sucesores, sus hijos Asharid-apil-Ekur y Assur-bel-kala, Asiria quedó sumida en una muy evidente decadencia, a tenor de la escasez de fuentes y del poco material arqueológico de interés, si bien el último rey citado pudo concertar la paz con los babilonios e incluso pactar con los arameos. Asimismo, este rey logró instalar en el trono de Babilonia a un arameo, de nombre Adad-apla-iddina. La paz que había logrado estabilizar se vio interrumpida, sin embargo, por luchas contra Urartu, un reino del norte en constantes luchas con Asiria.

Con su hijo y sucesor Eriba-Adad II (1055-1054 a.C.) el Imperio asirio siguió sumido en la decadencia, a pesar del ostentoso título del monarca que se hizo llamar «Rey del Universo». Los propios arameos, en clara injerencia política, lo apartarían del trono poniendo en su lugar a Shamsi-Adad IV (1053-1050 a.C.), un hijo de Tiglath-Pileser I. De este rey se posee poca información, dada la época de decadencia durante la cual gobernó. Al cabo de cuatro años de reinado le sucedió su hijo Assur-nasirpal I (1050-1031 a.C.), otro monarca del que, a pesar de su largo reinado, han llegado pocas noticias, con excepción de diferentes desgracias que cayeron sobre su pueblo. A tal monarca se le ha atribuido el famoso «Obelisco blanco», hoy en el British Museum. A su muerte le sucedió su hijo Salmanasar II (1031-1019 a.C.), de quien tampoco ha llegado ninguna referencia a sus posibles hechos militares o edilicios. Sería sucedido por su hijo Assur-nirari IV (1018-1013 a.C.), a quien se debe la adopción del sistema cronológico de los *limmu* (el año era datado por el nombre de un funcionario). Su breve reinado siguió coincidiendo, como el de sus antecesores, con la presencia aramea, pueblo que había logrado arrinconar a los asirios a sus primitivas fronteras. Su tío, Assur-rabi II (1012-972 a.C.), logró desplazarle del trono sin que se sepan las causas. A pesar de sus cuarenta y un años de gobierno, de este rey no ha pervivido ninguna inscripción, por lo que nada puede decirse con seguridad de su reinado. Su hijo, Assur-resha-ishi II (971-967 a.C.), tampoco sobresalió por nada especial, si bien pudo mantener la ocupación militar del valle del río Khabur.

Todos estos reyes que desde los comienzos del siglo X a.C. gobernaron Asiria, no pudieron, de hecho, contener el empuje arameo, viéndose obligados a permanecer apegados a su primitivo territorio nacional, restringido al curso del Tigris, en la zona de Assur. Esta reducción de fronteras y de clara decadencia militar tuvo consecuencias no sólo políticas, sino también económicas y sociales, abriéndose verdaderas crisis internas durante los últimos años del llamado Imperio Medio asirio que las fuentes no quisieron o no pudieron captar y que estuvieron a punto de hacer desaparecer a Asiria de la historia, potencia siempre deseosa de obtener una salida al mar Mediterráneo. Hasta aquel vasto imperio habían repercutido la migración de gentes producida a comienzos de la edad del hierro. Sin embargo, tiempo después, al recuperarse Asiria, su política expansionista sería capaz de incidir sobre todos los estados del levante oriental.

2.3. LOS FENICIOS

También las ciudades fenicias habían aprovechado el ataque de los Pueblos del Mar y los demás factores desestabilizadores vividos hacia el 1200 a.C. para obtener su independencia, lejos ya de la presión de egipcios y cuyo más claro ejemplo lo facilita el relato del *Viaje de Wenamón* a Biblos, adonde había acudido, hacia el 1080 a.C., en búsqueda de madera para reparar la barca sagrada de Amón-Ra.

No obstante, Fenicia en su conjunto, a partir del 1100 a.C., vio reducido su territorio, obligada a entregar el sur de Canaán a las tribus israelitas y a los filisteos y a ceder el norte y parte del interior a los arameos, que lograrían establecer un poderoso reino en Damasco.

La desaparición del Imperio hitita y el claro debilitamiento de Egipto por aquellos años favorecieron el desarrollo autonómico de los fenicios. Asimismo, el final de la talasocracia que los micénicos habían impuesto en el Mediterráneo oriental había dejado expedito el camino a la expansión marítima fenicia.

El exceso demográfico fenicio, motivado por la etapa de paz que se hubo de iniciar, sin duda, a partir del año 1000 a.C., las condiciones ecológicas del territorio, de signo negativo, causadas por la constante tala de su arbolado, la desmedida práctica del pastoreo y la explotación intensiva de las tierras, junto a la pérdida de espacio provocaron serios problemas de abastecimiento y, por lo tanto, de subsistencia. De esta manera, pronto los fenicios se vieron obligados a orientar su vida a través del mar, el único camino de salida que les quedaba. Y así, gracias a éste, muchas ciudades-Estado conocieron años de esplendor y pudieron convertirse en protagonistas de su propia historia.

En este periodo, que se puede encuadrar entre el 1200 y el 900 a.C., destacaron Biblos y especialmente Sidón, hasta el extremo de quedar lo sidonio identificado con todo lo fenicio, según se deduce de Homero y de algunos pasajes bíblicos.

Biblos fue gobernada aquellos años por Zakarbaal (ca. 1070 a.C.), el rey (más exactamente, *mlk*) que recibió al egipcio Wenamón; por Ahiram (1000-990 a.C.), conocido sobre todo por un famoso sarcófago; por su hijo Ithobaal I (ca. 990 a.C.); por Yehimilk (ca. 980 a.C.) y por Abibaal (ca. 950 a.C.), autor de una dedicatoria en honor de la diosa Baalat Gubal que mandó grabar en la base de una estatua real del faraón Sheshonq I.

Lamentablemente, no se posee información documental acerca de cómo transcurrió el gobierno de dichos reyes en su ciudad de Biblos. Otro tanto se puede decir de Sidón, ciudad-Estado de la que se desconoce el nombre de sus gobernantes para el periodo que nos ocupa. Hasta el 888 a.C. no se registra el nombre de ninguno de sus reyes —Ithobaal I—, que también gobernó sobre Tiro, padre que fue de Jezabel, la esposa de Acab de Israel.

Por su parte, pronto supo Tiro, con otro rey Abibaal (990-970 a.C.), con su hijo Hiram I (969-936 a.C.) y con el hijo de éste, de nombre Baalmazer I (936-919 a.C.), alcanzar un significativo lugar en el ámbito fenicio. De los reyes citados, el más importante fue Hiram I, coetáneo del rey David y aliado luego del famoso Salomón. Hiram I supo incrementar sus relaciones comerciales con muchos otros pueblos mediterráneos y arábigos (flotas de Ezión-Geber, naves de Tarshish) y, sobre todo, con las numerosas colonias ya fundadas en las principales islas del Mediterráneo e incluso en las lejanas costas de Iberia (caso de Gadir) y del norte de África (caso de Útica).

Los beneficios obtenidos con la expansión comercial hicieron de algunas ciudades fenicias pujantes centros económicos. Esta circunstancia, entre otros factores de tipo estratégico y político, motivó que los grandes Estados mesopotámicos de la segunda edad del hierro dirigieran sus miradas —y sus ataques— a Fenicia, para así tener salida expedita al mar y a nuevos y lejanos mercados.

De cualquier manera, la escasez de textos escritos (los archivos de Ugarit son anteriores y la Biblia debe ser manejada con precaución desde el punto de vista histórico), así como los limitados materiales arqueológicos imposibilitan tener un mayor conocimiento de las ciudades fenicias en torno al año 1000 a.C.

2.4. LOS ARAMEOS

En el contexto de inestabilidad internacional, acaecido tras la invasión de los Pueblos del Mar, aparecen con personalidad propia los arameos, quienes, aprovechando su propia explosión demográfica, la general decadencia de Palestina y Siria y el agotamiento de los imperios mesopotámicos (Asiria y Babilonia), fueron capaces de consolidar diferentes reinos en el Próximo Oriente e incluso provocar serios problemas a las grandes potencias. Sin lugar a dudas, los arameos constituyeron en aquella época un elemento nuevo en el ámbito oriental y costero mediterráneo, incardinados en las oleadas migratorias de semitas, situados cronológicamente entre los movimientos de los amorreos y los ya mucho más tardíos de los árabes, estableciendo así la continuidad migratoria desde los bordes del desierto a las tierras agrícolas. Realmente, los arameos deben ser estudiados en el contexto de un vasto movimiento de gentes semitas que les precedieron y que les sucedieron (cananeos, *akhlamu*, suteos, caldeos).

Su aparición en la historia presenta numerosos problemas, dado su carácter de pueblo nómada. De hecho, constituían un conjunto de tribus semíticas que, a partir de la región de Aram —amplia zona situada en la orilla occidental del Éufrates—, se expandieron por Siria y Mesopotamia, alcanzando también el Elam.

Prescindiendo de algunas citas del III milenio a.C., que recogen el nombre de Aram, hay que descender a tiempos de Amenofis III (1408-1372 a.C.) para encontrar en las fuentes un país de Aram. Sin embargo, no hay referencias claras sobre los arameos hasta la época de Tiglath-Pileser I, rey que hubo de acudir a luchar contra ellos en numerosas ocasiones.

Los arameos fundaron unidades geopolíticas en amplias zonas de Siria y de la Alta Mesopotamia, cuyos nombres han llegado gracias a las fuentes asirias y a la Biblia. No todas tuvieron el mismo desarrollo e historia, dado que sus acontecimientos se conocen de manera ocasional y discontinua, extraídos de algunas inscripciones reales y de fuentes externas a los propios arameos.

De todos los reinos arameos el principal, durante algún tiempo, fue el de Soba, fundado en la segunda mitad del siglo XI a.C., ubicado en el valle de la Beqaa, proyectando su influencia sobre otros territorios sirios. De este Estado dependía Damasco, ciudad que con Rezón (965-926 a.C.), hijo de Elyada, estableció su propia dinastía, coincidiendo en el tiempo con el reinado de Salomón. Damasco se convirtió en un reino arameo independiente, designado en las fuentes como el Aram por excelencia (en

los textos cuneiformes aparece como *Sha-imeru-shu*). Tal reino arameo se enfrentó constantemente a los israelitas, llegándose a vencer en ocho ocasiones. Con el rey Ben-Hadad I (880-865 a.C.) —llamado también Bar-Hadad— tal reino se convirtió en la principal potencia de Siria.

Otro reino que aspiraba a ostentar la hegemonía aramea fue el de Hamath (hoy Hama), junto al río Orontes en la Siria central, siempre en lucha contra Damasco por la hegemonía sobre los Estados arameos al sur de Aleppo. Entre 1004 y 965 a.C. gobernaron en él los reyes To'i y Hadoram, coetáneos del bíblico David.

En el Alto Jordán se crearon también otros pequeños reinos arameos, entre ellos, Bet-Rekhob, Ma'akan y Geshur, de corta historia. En el curso superior del Yaqqob, ocupado a finales del siglo XII a.C. por los ammon, una de tantas tribus arameas (*Bit-Ammani*, según las fuentes asirias), se creó otro reino con sede en Rabbah (hoy Ammán, la capital de Jordania), si bien cayó en manos del rey David.

De tiempos más tardíos es el reino arameo de Bit-Agusi, de indudable importancia hasta el año 740 a.C., fecha de su conquista por los asirios.

En el norte de Mesopotamia, hacia el 1100 a.C., se formaron los reinos de Bit-Adini, Bit-Bakhiani, Bit-Zamani y otros de menor significación (Asalli, Tilabri, Sarugi), desde donde se efectuaban peligrosas incursiones contra los centros asirios y babilonios. De estos reinos el más conocido es el de Bit-Adini, con capital en Til Barsip (hoy Tell Ahmar), a orillas del Éufrates, citado en tiempos de Assur-rabi II (1013-973 a.C.). Su despegue político se produciría, sin embargo, en el siglo IX a.C.

Un poco más al este se hallaba el Estado de Bit-Bakhiani, con capital en Guzana (Tell Halaf), antiquísimo enclave en la orilla derecha del río Khabur. El nombre de este Estado arameo aparece por vez primera en un texto del asirio Adad-nirari II (911-891 a.C.), en el cual, al hacer mención del dominio asirio, recoge también el nombre de su rey, un tal Abisalamu (900-870 a.C.), hijo de Bakhianu, el epónimo fundador del reino.

En el Alto Tigris también se ubicaron pequeños reinos arameos y en las cercanías de Diyarbekr se instaló el reino de Bit-Zamani.

Las fuentes asirias de los siglos X y IX a.C. se hacen eco de otros reinos y enclaves arameos por el área del Éufrates Medio, desde los confines de Bit-Adini hasta Rapiqu, en la zona norte de Babilonia, y que significaron siempre un verdadero peligro para la pervivencia de la propia Asiria. Sin embargo, en la práctica todos ellos se vieron obligados a tributar a los reyes asirios que con férreo control y sistemáticos ataques tenían a raya a los arameos.

De acuerdo con una *Crónica real babilonia*, un jefe arameo, conocido con el nombre babilonio de Adad-apla-iddina (1068-1047 a.C.), logró erigirse rey de Babilonia, dejando campo abierto a los pillajes de los semitas arameos invasores, sobre todo a los *suteos*. Tiempo después, durante el reinado de Nabu-mukin-apli (978-943 a.C.) grupos de arameos hostigaron los alrededores de la ciudad y también de Borsippa, impidiendo la celebración de las festividades religiosas, entre ellas, la fiesta de la *Akitu*, según se sabe por una *Crónica religiosa*.

Entre el 1158 y el 722 a.C., y de acuerdo con algunas *Crónicas* asirias y babilonias, numerosas tribus arameas recorrieron Mesopotamia. Sin querer ser exhaustivos baste citar las de Itu, Rubu, Hamaranu, Li'tau, Puqudu, Luhuatu, Hatallu, Rubbu, Nabatu, Rahiqu, Kipre, Ubudu, Gurumu, Hinderu, Damunu, Ubulu y Hagarunu. De las

mismas se sabe realmente poco, si bien debe presumirse que formaron pequeñas unidades políticas diseminadas sobre todo por la Baja Mesopotamia.

Aunque los arameos como factor político no alcanzaron gran importancia en el Próximo Oriente, sí la tuvieron en el campo de la civilización, sobre todo en la lingüística, siendo su idioma y escritura acogidos rápidamente por las gentes.

2.5. LOS FILISTEOS

Este pueblo, asentado en Palestina, a la que dio su nombre (*eres pelishtim* = «tierra de los filisteos»), aparece consignado como uno de los componentes de los Pueblos del Mar, recogido en los documentos egipcios (textos de Ramsés III) como los *peleshet*. No fueron semitas y la Biblia en todo momento los calificó de incircuncisos. También les asigna a Caftor como lugar de partida, identificada por algunos con la isla de Creta, si bien la propia Biblia y, por supuesto, los restos arqueológicos, no permiten establecer la igualdad Caftor-Creta. Otros especialistas conectan Caftor con alguna región del Asia Menor y también con Chipre. Modernas hipótesis mantienen a Iliria como la patria originaria de los filisteos e incluso los relacionan con los pelasgos (antigua población pregriega de Tesalia y Epiro), regiones no lejanas de Iliria.

Los filisteos, tras sufrir los Pueblos del Mar la derrota a manos de Ramsés III, se asentaron en la costa sur de Palestina, entre Jaffa y Gaza, fundiéndose con los autóctonos cananeos y estableciendo en ella no un Estado unitario sino una pentápolis, esto es, una federación de cinco ciudades (Gaza, Ascalón, Asdod, Eqrón y Gat), cada una controlada por un príncipe (*seren*), que fue extendiéndose hacia tierras del interior, amenazando a Israel y derrotándola, hacia el 1080 a.C., en Eben ha-Ezer. La derrota israelita propició que los filisteos ocuparan la mayor parte de las tierras al oeste del río Jordán. Samuel, sin embargo, poco después, hacia el 1050 a.C., y Saúl, en torno al 1020 a.C., detuvieron el avance filisteo, pero a la muerte de este último, ocurrida en la batalla de Gelboe, los filisteos volvieron a expandirse, siendo detenidos finalmente en tiempos del rey David, aunque las luchas todavía se mantendrían vivas mucho tiempo después (luchas en Gibbethon, toma de Libna por parte de los filisteos).

Los filisteos fueron los introductores del hierro en Palestina, monopolizando su uso durante bastante tiempo. Se sabe por la Biblia que los fenicios llegaron a establecer un bloqueo de este metal a los hebreos para impedir que éstos fabricasen lanzas y espadas de aquel metal. Incluso se vieron obligados a ir a afilar su instrumental agrícola y sus hachas a tierras filisteas.

El *Viaje de Wenamón* a Biblos —mitad mítico, mitad histórico—, a fechar a comienzos del siglo XI a.C., menciona los nombres de tres príncipes que coincidirían con los jefes de Asdod, Ascalón y Gaza.

Palestina todavía conoció la presencia de otras gentes del conglomerado de los enigmáticos Pueblos del Mar: caso de los quereteos, los tiekker/zakkala y los danuna. Todos ellos ocuparon posiciones importantes en el momento del asentamiento de los israelitas en la época de los Jueces.

2.6. LOS HABIRU

Los textos cuneiformes del II milenio a.C. recogen una categoría de personas a las que designan con el sumerograma *SA.GAZ* y con el vocablo *habiru*. La equivalencia entre ambos términos quedó constatada gracias a los textos aparecidos en Tell el-Amarna y en los de Bogaz-köy. De hecho, los *habiru* aparecen registrados en épocas y lugares muy variados, sin constituir un grupo lingüístico y culturalmente coherente. La más antigua mención se registra en tiempos de la III dinastía de Ur, así como en los textos capadocios del siglo XIX a.C. También en Babilonia, Susa o Mari, sin olvidar Ugarit y algunos enclaves de Anatolia, se tienen abundantes referencias de tal tipo de gentes.

Con el término *habiru* se quiso designar a un grupo de poblaciones bien al servicio del Estado (en Hatti, en Nuzi, o en Babilonia), trabajando en obras, minas, labores agrícolas de temporada, construcciones o como soldados mercenarios; bien a unas gentes inmersas en la esclavitud (algunos se vendieron como esclavos), o dedicadas al comercio o a las razzias; formando en este último caso bandas hostiles.

Por lo que se puede deducir de los contextos en los que aparece el término, los *habiru* constituyeron comunidades en muchos casos relativamente numerosas, que vivían separadas del resto de las poblaciones en donde desenvolvían su vida (en Egipto actuando en movimientos independentistas, en Palestina como salteadores), careciendo, por lo tanto, de ciudadanía concreta. De acuerdo con la inscripción de la estatua funeraria de Idrimi, rey de Alalakh (1530-1510 a.C.), este personaje hubo de huir a Canaán y vivir con los *habiru* durante siete años, antes de poder recuperar su trono.

Socialmente eran libres y tras una fase de mayor o menor nomadismo terminaron por sedentarizarse (textos de Ugarit del siglo XIV a.C.).

La voz *habiru* se relaciona fonéticamente con la voz *ibrim* (hebreo). Ello ha propiciado numerosas hipótesis sobre la equivalencia étnica de ambas comunidades, esto es, el haber podido pertenecer a un mismo tronco racial, actuando en un principio de modo conjunto en la conquista de Canaán por las tribus de Josué. En la actualidad no se acepta tal igualdad, sino que se tiende a hacer de los *habiru* más una condición social que un pueblo. En ese sentido, los *habiru* serían un conjunto de gentes semitas de etnias diferentes que por diversas razones se hubieron de exiliar de sus lugares originarios (inmigrantes) y dedicarse para sobrevivir en ámbitos extranjeros a las más variadas actividades. En consecuencia, la voz *ibrim* no equivaldría a la de *habiru*, sino que con la primera se aludiría tan sólo a la condición social de «extranjeros» y a la manera de comportarse de los hebreos durante algún tiempo. Debe indicarse, sin embargo, que muchos grupos de *habiru* se incorporaron a las tribus israelitas durante el proceso conquistador de Canaán.

3. Israel

En realidad no puede hablarse de Israel como entidad histórica hasta que el pueblo hebreo pudo establecerse por la conquista en Canaán, adoptando costumbres propias de pueblos sedentarios, entre ellas, la institución de la monarquía y la de la unción con aceite para legitimarla.

La primitiva historia de los hebreos queda narrada en el Génesis, haciendo de la Baja Mesopotamia su patria originaria. Después de haber arribado a Egipto, aprovechando la penetración hicsa, y tras permanecer en el país del Nilo cuatrocientos treinta años, procedieron —después de la salida de Moisés, descrita en el Éxodo— a conquistar la Tierra Prometida, es decir, el país de Canaán, tras andar errantes por los desiertos de Sinaí, Farán y Sin.

El espacio temporal, existente entre la conquista de Canaán —a la sazón dividida en reinos con serios problemas económicos y políticos— y la instauración de la monarquía como forma de gobierno de los hebreos, estuvo regido por los denominados jueces (*shofet*), quienes controlaron los nuevos territorios mediante el establecimiento de una confederación, integrada por las doce tribus, unidas por vínculo religioso alrededor del Arca de la Alianza, situada en el santuario de Siloh, y cuyos representantes (*nasim*) acordaban la política a seguir. Hacia finales del siglo XII a.C. la figura de Gedeón, el quinto de los jueces, fue fundamental frente al ataque de madianitas, amalacitas y otros nómadas. También fueron muy significativas las luchas mantenidas contra los filisteos, creadores de la pentápolis, citada anteriormente.

En la coyuntura de estas guerras fue cuando surgió la monarquía en Israel, momento en que Samuel, profeta y juez, educado al servicio del Arca en Siloh, ungió como rey a Saúl (1030-1010 a.C.). Este personaje, dotado de grandes cualidades militares (luchas contra Moab, Ammón, Edom y Aram-Soba, además de contra los amalecitas y filisteos), fue el primer monarca, actuando, pese a la oposición, como un gran político. Murió luchando precisamente contra los filisteos en la llanura de Jezrael.

Tiempo después el nombramiento de David (1010-972 a.C.), como rey de Judá, y el de Abner, un general de Saúl, como rey de Israel, significó la escisión de los territorios conquistados en dos Estados, que sin embargo duraron muy poco tiempo, pues David pudo imponerse sobre Israel. David, que por razones personales había huido al desierto e incluso se había puesto al servicio de los filisteos (en concreto, al servicio del príncipe Akish de Gat), se erigió en el verdadero fundador del Estado israelita, eligiendo a Jerusalén, tomada a los jebuseos, como capitalidad. Con David toda Palestina, con la excepción del ámbito filisteo y de los territorios de la Transjordania, constituyó un Estado unitario, capaz de hacer frente a amonitas, arameos —de quienes recibió tributo—, filisteos y moabitas. Mantuvo amistosas relaciones con Tiro, en especial con su rey Hiram I. Con David también tuvo lugar la unidad religiosa, centralizándose el culto a Yahvé.

El rey David, que vio sus últimos días empañados por luchas fratricidas por la posesión del trono, fue sucedido por su hijo Salomón (972-931 a.C.), de proverbial sabiduría y de quien se ignoran muchos aspectos de su reinado. Su política se centralizó en las construcciones (Megiddo, por ejemplo) y fortificaciones y en el mantenimiento de la paz. Estructuró su Estado en doce distritos, en parte coincidentes con los ámbitos de las doce tribus israelitas, controlados por intendentes. Sus relaciones con Egipto fueron excelentes, llegando a desposar a una de las hijas del faraón Siamón, de la XXI dinastía. También lo fueron con Fenicia, regida todavía por Hiram I, firmando con él un tratado comercial y otro relativo a fronteras. Su política con los ammonitas fue correcta, tomando como esposa a una de sus princesas. A Salomón se debió la construcción de un magnífico templo en Jerusalén, la capital de su reino, obra realizada con la colaboración de especialistas fenicios. Su corte compitió en lujo con las me-

jores cortes orientales; asimismo, su tiempo se caracterizó por un periodo ilustrado, floreciendo el cultivo de las letras e incluso de la analítica histórica. En cuanto a religiosidad hay que indicar que Salomón acabaría realizando prácticas idolátricas con cultos a Astarté, la diosa de los sidonios, a Kemos, el dios de Moab, y a Milkom, el dios de los ammonitas. Ello le acarrearía serios problemas internos.

A la muerte de Salomón, el reino quedó dividido en dos Estados, hecho que la Biblia presenta como castigo divino por las prácticas idolátricas de Salomón. El del norte recibió el nombre de Israel y el del sur el de Judá. Durante algún tiempo la enemistad entre ambos reinos fue muy evidente, si bien pronto, tras diferentes guerras civiles, se admitió la escisión de ambos como cosa natural.

En el del norte, gobernaron entre los años 931 a.C. y 886 a.C. tres reyes: Jeroboam I, Nadab y Basá. En el del sur, y en fechas similares, reinaron Roboam, Abiyyah y Asá.

El primer rey de Israel, Jeroboam I, hubo de luchar contra Abiyyah, momento que aprovecharon los egipcios para tomar algunos territorios palestinos e imponer tributos, que hubieron de ser satisfechos con los tesoros del Templo. Su hijo Nadab, coetáneo de Asá, que toleró las prácticas idolátricas, murió asesinado por Basá, uno de sus generales, con ocasión de unas luchas mantenidas contra los filisteos. Basá, tras eliminar a todos los componentes de la familia de Jeroboam I, se vio obligado a efectuar concesiones territoriales al rey arameo de Damasco.

También fueron poco brillantes los gobiernos de los reyes de Judá. De Roboam, hijo de Salomón, cuyo reinado se caracterizó por la relajación de las costumbres religiosas, se sabe que hubo de soportar una incursión egipcia en sus territorios. Su hijo y sucesor Abiyyah, que luchó contra Jeroboam I, logró firmar un pacto con Tabrimmón de Damasco, entablando así relaciones pacíficas con los arameos de aquel reino. Su hijo Asá, que hubo de luchar contra Basá de Israel por cuestiones fronterizas, se centró en las reformas religiosas, tratando de poner término a la idolatría.

Los hebreos, pues, en torno al año 1000 a.C. habían sido capaces de estructurarse, desde el punto de vista político, en una monarquía, institución no específicamente propia, y que muy pronto por rivalidades internas quedó escindida en dos Estados. Ambos reinos deberían luchar ante todo contra filisteos, arameos, egipcios y asirios, además de vigilarse continuamente.

4. Las nuevas tribus beduinas: edomitas, madianitas, ammonitas y moabitas

La Biblia proporciona diferentes noticias acerca de varias tribus nómadas que se habían asentado al este de Palestina, en ámbitos geográficos sirioarábicos o, si se quiere, transjordánicos. En cualquier caso, la información que de las mismas se posee es muy pobre, pudiéndose decir que en aquel ámbito aparecen constituidas varias tribus en reinos. Tales tribus habían arribado dentro del mismo proceso emigratorio que había traído a los antepasados de los israelitas a Canaán.

Entre ellas, hay que citar a la tribu de los edomitas (llamados idumeos en tiempos grecorromanos), considerados descendientes de Esaú. Establecidos en Edom —entre el mar Muerto y el golfo de Aqaba— o Seir, según la Biblia, allí se organizaron en diferentes monarquías de carácter electivo. Uno de sus príncipes se había negado a dejar

pasar a los hebreos en su camino hacia la Tierra Prometida. Las primeras noticias de enfrentamientos con Israel provienen de tiempos de Saúl, si bien sería David quien se apoderaría de Edom, a raíz de sus luchas contra los arameos (victoria del Valle de la Sal), ocupación que mantendría también Salomón.

Asimismo, debe consignarse a los madianitas, descendientes de Abraham, gentes que acabaron por establecerse definitivamente al este del golfo de Aqaba. No debe olvidarse que José, el hijo de Jacob y de Raquel, fue vendido a los egipcios por unos mercaderes madianitas en un momento impreciso del siglo XVIII a.C. En tiempo de los jueces los madianitas junto a otros nómadas atacaban anualmente Palestina, sometiendo a saqueo. Algunos textos han facilitado el nombre de unos pocos de sus reyes, de cronología incierta, y que hay que situar entre 1200 y 1000 a.C. Entre ellos, Evi, Requem, Sur, Khur y Reba. Sería Gedeón, el quinto juez de Israel, quien puso término a los ataques madianitas, desapareciendo con ello tal tribu prácticamente de la historia.

Por otra parte, los descendientes del segundo hijo de Lot, de nombre Ben Ammi, formaron el pueblo de los ammonitas, que serían empujados por los amorreos al borde del desierto, alcanzando el mar Muerto. En tiempo de los jueces de Israel habían combatido con los moabitas en contra de los hebreos. También Saúl, el primer monarca hebreo, les derrotó. Con David las relaciones con Nahash, rey ammonita, fueron amistosas, si bien se rompieron por un incidente de tipo político, motivado por la afrenta cometida por Hanon, el hijo de Nahash, hacia los enviados de David con motivo de transmitirle el pésame por la muerte de su padre. Salomón, por su lado, tomó a mujeres ammonitas para su harén. Tras la división del reino hebreo, los ammonitas atacaron al reino de Judá. Finalmente, los ammonitas caerían también bajo la dependencia del poderío asirio.

Al oeste del mar Muerto, igualmente en la Transjordania, y con capital en Qir Hareset, se extendió el territorio ocupado por los moabitas, pueblo ganadero, emparentado con los hijos de Israel (caso de Rut, la moabita que casó con Booz). Tras su periodo nómada se organizaron en un reino. Los moabitas lucharon contra Saúl y fueron derrotados por David. Por su parte, Salomón los mantuvo controlados y e incluso tomó mujeres para su harén. Los moabitas acabarían siendo tributarios de los asirios.

4.1. LOS REINOS NEOHITITAS

Los ataques y emigraciones de población que sufrió la península de Anatolia durante el final de la edad del bronce fueron varios. De hecho, aquellos ataques procedían del propio suelo anatólico occidental, debidos especialmente al elemento lukka, al danuna y también al de los ahhiyawa, subsidiario este de los aqueos griegos. Tales ataques, que se han puesto en conexión con los debatidos Pueblos del Mar, originaron movimientos y dispersión de poblaciones.

En toda la franja occidental y parte de la meseta central de Anatolia hubo de haberse suscitado por cuestiones políticas y estructurales internas una inestabilidad y anarquías tan profundas que acabaron por desembocar en una general desestabilización, a la cual quizá contribuirían también algunos fenómenos naturales (sequías y terremotos). Como resultado final, pero sin las masacres ni las destrucciones que se han querido evaluar como generalizadas, se asistiría a la liquidación del Imperio hitita —coincidente

cronológicamente con la caída de Troya—, a la desaparición del Estado de Ugarit, a la destrucción de Alashiya (Chipre) y al nacimiento de unos reinos nuevos —singularmente en las antiguas provincias del sureste del Imperio hitita—, aparte de la supervivencia de otros reinos ya existentes, caso del reino de Tarkhunta (en Cilicia y Panfilia) y el de Karkemish, manteniéndose aquí descendientes directos de la realeza hitita. En todos los casos la historia de los neohititas y de las ciudades cananeo-fenicias, independientes y autónomas, girará en torno a las luchas contra los asirios.

En la parte occidental de la meseta anatólica, hasta alcanzar el río Halys, se estableció el reino de los mushki, alrededor de Tyane, enclave independiente algunas veces. Esta gente, presionada en origen por dacios o ilirios, había ocupado aquel espacio que luego sería conocido como Frigia (capitalidad en Gordion) y cuyos primeros datos históricos tan sólo serían evidentes a partir del siglo VIII a.C. Contra ellos hubo de luchar el asirio Tiglath-Pileser I.

Otro reino fue el de Milidia (Malatya), ubicado en el país de Khanigalbat. Del mismo se posee poca información histórica (no así arqueológica y epigráfica). Su destino fue el de tributar a los asirios, a los urarteos y quizá a los frigios. Nunca alcanzó relevancia política. Idéntico destino también tuvo el reino de Zincirli (con capital en la antigua Samal), establecido al pie del Amanus, al oeste de Karkemish y al sur de Gurgum. En Zincirli en tiempos neohititas se construyeron dos palacios además de reforzarse sus primitivas murallas. Sin embargo, sería todo ello destruido por Assarhaddon en el siglo VII a.C.

Muy importante hubo de ser el reino neohitita de Karkemish (Djerablus), enclave geoestratégico que ha facilitado textos jeroglíficos hititas y excelentes bajorrelieves localizados en las ruinas de su magnífico palacio. Uno de sus reyes, de nombre Paida, que gobernó a comienzos del siglo IX a.C., retomó la titulación hitita de «Gran Rey».

También en Siria, por influencia de los arameos y de los fenicios, se crearon nuevos reinos, entre ellos, los de Aleppo y el de Hamath, ambos ocupando posiciones estratégicas muy significativas. Aleppo caería en poder asirio y Hamath sucumbiría muy pronto a manos de arameos, tras haber sido posesión de Salomón y de los asirios.

En cualquier caso, en torno al año 1000 a.C., determinadas ciudades periféricas al ámbito del antiguo Imperio hitita no sólo no sufrieron decadencia sino que, a resultas de su ubicación en las rutas caravaneras, incluso sobresalieron por su riqueza material —así dejan presumirlo sus restos arqueológicos—, auspiciada por su libertad política, que vendieron siempre muy cara a Asiria.

4.2. LA COSTA OCCIDENTAL DEL ASIA MENOR

La accidentada costa occidental del Asia Menor, no muy distante de un gran rosario de islas, muy montañosas, también sufrió el impacto de la situación surgida como consecuencia de factores internos desestabilizadores y el ataque de los Pueblos del Mar. De hecho, dicha costa había sido recorrida por gentes protohelénicas desde la edad del bronce —caso de los controvertidos ahhiyawa—, pero la desaparición primero de las entidades políticas micénicas y luego anatólicas incidió en un despoblamiento general, que perduró por lo menos hasta el año 900 a.C., momento en que otra vez los griegos las volvieron a visitar.

Misia, región muy fértil; Lidia, en donde destacaría Sardes; Caria, apta para el pastoreo; Licia, ubicada en el ángulo sureste de Anatolia y donde se criaba el caballo; y otras regiones costeras, ya en el sur de Anatolia, contaron —según ha demostrado el hallazgo de cerámicas de diversos horizontes arqueológicos— con la visita de grupos de eolios (en Misia), jonios (en Lidia), y dorios (en Caria). Pero, en todo caso, la carencia de fuentes impide evaluar el grado e intensidad de la ocupación. Tan sólo a partir del siglo VII a.C. podrá seguirse de modo adecuado la presencia griega en la costa occidental minorasiática.

4.3. EL ÁMBITO CRETENSE

Creta, la más meridional de las islas del Egeo, tuvo un desarrollo histórico durante el I milenio a.C. totalmente oscuro, contrastando en mucho con el esplendor de su civilización minoica. Cnossos continuó siendo el centro más significativo de la isla, ocupada ahora por gente de habla doria. Junto a tal enclave las ciudades de Cidonia (hoy Chania), Gortina, Axos, Prinias, Arkades, Vrokastro y otras más tuvieron también relativa importancia.

En Creta se inicia el año 1000 a.C. dentro del periodo denominado subminoico, conocido gracias, sobre todo, a las necrópolis de Cnossos, y a los establecimientos de Vrokastro y Kavusi, éste ocupado hasta tiempos del protogeométrico medio. La parte oriental y costera de la isla, a tenor de los restos arqueológicos, es probable que detuviera su desarrollo (¿debido a la piratería?) frente a la zona central que vio la nueva ocupación de enclaves anteriores, caso de Faistos. Todas estas comunidades, que desarrollaron su vida de modo autónomo, continuaron manteniendo contactos con el exterior, especialmente con zonas del Ática (de aquí llegaban cerámicas protogeométricas), con la isla de Chipre (trípodes de bronce, colgantes, espetones de hierro) y con las del Egeo (cerámicas), así como con algunos puntos costeros del Próximo Oriente y de Egipto. Fue en esta etapa cuando la tecnología del hierro arribó a la isla, junto a otra serie de productos foráneos (anillos, fibulas, cuchillos).

4.4. EL COLAPSO MICÉNICO

Tras la destrucción de los reinos micénicos, debida también a diferentes causas externas (presencia de dorios, cambios climáticos, terremotos) e internas (aumento demográfico, conflictos poblacionales, contracciones económicas), se abrió un periodo de total decadencia en tierra griega, durante el cual se interrumpieron las relaciones comerciales con el Egeo y con las costas del Asia Menor y se abandonaron numerosos asentamientos humanos, sobre todo en el Peloponeso, Beocia, Argólida, Laconia, Fócida y Lócrida.

Ante la pérdida de la escritura, que no volvería a reaparecer hasta el siglo VIII a.C., la arqueología permite testimoniar años de regresión material, observable en la cerámica, en la escasez de construcciones pétreas —dejaron de edificarse las grandes tumbas circulares (*tholoi*), y en la austeridad de las artes figurativas.

La población, básicamente de economía pastoril, se concentró en sitios dispersos,

acentuándose con ello las diferencias regionales, si se toma como referente las formas cerámicas. Asimismo, se produjeron entonces movimientos de población provenientes del norte («invasión doria»), portadora del hierro, la cremación funeraria y la cerámica protogeométrica. Como contrapartida, desde territorio griego tuvo lugar una fuerte migración hacia las costas del Asia Menor («emigración jonia»), si bien se ignora todo el desarrollo histórico a que dio lugar. Tampoco se conoce qué tipo de organización política pudo sustituir a la anterior estructura palacial, cuyos paradigmas se tienen en Micenas y Tirinto. En cualquier caso, la nueva situación social no provocó cambios culturales radicales, dado que el nuevo tipo de vida se fue imponiendo de modo progresivo y paulatino.

Quizá el enclave de Lefkandi, en la isla de Eubea, sea el lugar que ha facilitado mayor información para conocer el tipo de vida griega entre los siglos XI y VIII a.C., momento del abandono de tal lugar. Diferentes materiales hallados aluden a contactos con el Ática, con Chipre, con Siria y con Palestina. Restos de un grandioso edificio —descubierto en el año 1981—, de planta rectangular finalizada en ábside, con paredes de adobe sobre cimientos de piedra —muy lejos de todo lo micénico—, demuestran un determinado poderío social por parte de su propietario (que se enterró junto a su mujer en el subsuelo del edificio con un rico ajuar funerario). Las características de la construcción, la presencia de metales en los ajuares deberían traducirse en la existencia de un tipo de organización jerárquica y también social, evidenciado en alguno de los cementerios de Lefkandi (Toumba, por ejemplo).

Por su parte, Atenas adoptó hacia el 1050 a.C. el estilo protogeométrico que coincidió con la práctica funeraria de la incineración y con una muy clara decadencia material de los ajuares, decadencia que se remontaría a partir del año 900 a.C. según han evidenciado los restos arqueológicos hallados.

4.5. CHIPRE

En esta isla la metalurgia del hierro muy pronto superó a la del bronce, a pesar de la abundancia de cobre existente en ella. Parece ser que, dada también la presencia de hierro en Chipre, ya a partir del siglo XI a.C., desde tal isla se llegó a exportar variados utensilios de dicho metal a la Grecia continental. Por otra parte, la cerámica chipriota, de tipología protogeométrica, fue conocida en diversos puntos del Ática, caso de Atenas, y en Eubea, caso de Lefkandi, e incluso en Creta.

De todos modos, se ignora el tipo de organización de las comunidades chipriotas en torno al año 1000 a.C., si bien hay que suponer que la manufactura y distribución de metales se hallaría en manos de las élites locales.

4.6. EGIPTO

Después de la desaparición de la XX dinastía, hacia el 1080 a.C., Egipto se hundió en un largo eclipse que perduró hasta la XXV dinastía, constituyendo, según los egiptólogos, el denominado tercer periodo intermedio. Había sido Ramsés III (1184-1153 a.C.), sin duda el último gran faraón, quien contuvo definitivamente los

ataques por tierra y por vía marítima de los Pueblos del Mar, según se sabe por los textos y relieves de Medinet Habu, presentes en el muro exterior del segundo pilono de tal monumento.

Entre el año 1080 y el 950 a.C. gobernó la XXI dinastía, asistiéndose con ella al desmembramiento del país del Nilo en sus dos regiones tradicionales: el Alto y el Bajo Egipto. Mientras que en la zona del delta gobernaba Smendes (1069-1043 a.C.), contemporáneo de Ramsés XI —en cuyo tiempo se sitúa el viaje de Wenamón a Biblos— y era capaz de fundar una nueva dinastía, en el Alto Egipto, los grandes sacerdotes de Amón se hacían con el poder, con figuras como Herihor, Piankhi, Pinedjem I o Makhasarte, instaurando un verdadero Estado teocrático.

Egipto, que ha perdido el control y la influencia sobre Palestina, Transjordania, Líbano y el sur de Siria, mantendrá, no obstante, relaciones con Salomón, atacará a los filisteos, tomando y destruyendo Gezer, pero ello —y las demás intervenciones militares en Palestina— será tan sólo un débil reflejo de las campañas que en años anteriores habían llevado a cabo los grandes faraones de la XVIII dinastía.

Se abría así en el país de los faraones una decadencia efectiva, motivada no tan sólo por disputas políticas, hechos militares y férreo control religioso, sino también por numerosos factores estructurales que venían actuando desde mucho tiempo atrás. Habría que esperar al reinado del faraón Psammético I (664-610 a.C.) —apoyado en mercenarios griegos— para ver un nuevo espíritu en Egipto, al ser capaz el país de restaurar lo tradicional basándose en modelos del Imperio Antiguo.

Bibliografía

- Alonso, J. (2002): *Salomón. Entre la realidad y el mito*, Madrid.
- Baurain, C. (1997): *Les Grecs et la Méditerranée orientale. Des siècles obscurs à la fin de l'époque archaïque*, París.
- Baurain, C. y Bonnet, C. (1992): *Les Phéniciens. Marins des trois continents*, París.
- Boardman, J. et al. (eds.) (1982): *The Cambridge Ancient History*, vol. III, Part 3, 2.ª ed., Cambridge.
- Bottéro, J. (1954): *Le problème des Habiru*, París.
- Brice, T. (2001): *El reino de los Hititas*, Madrid.
- Bright, J. (1970): *La Historia de Israel*, Bilbao.
- Chamoux, F. (1963): *La civilisation grecque. À l'époque archaïque et classique*, París.
- Christopoulos, G. A. et al. (1970-1971): *History of the Hellenic World*, 2 vols., Atenas-Londres.
- Cook, J. M. (1973): *The Troad*, Oxford.
- Desborough, V. R. d'A. (1964): *The Last Mycenaean and their Successors. An Archaeological Survey c. 1200-c. 1000 B.C.*, Oxford.
- (1972): *The Greek Dark Ages*, Londres.
- Dothan T. y M. (1992): *People of the Sea. The Search for the Philistines*, Nueva York. (Hay traducción española: Barcelona, 2002.)
- Finley, M. I. (1973): *Les premiers temps de la Grèce: l'âge du bronze et l'époque archaïque*, París.
- Garbini, G. (1997): *I Filistei. Gli antagonisti di Israele*, Milán.
- (1980): *I Fenici. Storia e religione*, Nápoles.
- Gómez Espelósín, F. J. (2001): *Historia de Grecia antigua*, Madrid.

- Grimal, N. (1996): *Historia del Antiguo Egipto*, Madrid.
- Gubel, E. (1986): *Les phéniciens et le monde méditerranéen*, Luxemburgo.
- Jasink, A. M. (1995): *Gli stati neo-ittiti*, Pavia.
- Karageorghis, V. (ed.) (1991): *The Civilizations of the Aegean and their Diffusion in Cyprus and the eastern Mediterranean, 2000-600 B.C.*, Larnaka.
- Kienitz, F. K. (1991): *Pueblos en la sombra. Los rivales de griegos y romanos*, Madrid.
- Kinzi, K. H. (ed.) (1977): *Greece and the Eastern Mediterranean in Ancient History and Prehistory*, Berlín-Nueva York.
- Kitchen, K. A. (1986): *The third intermediate period in Egypt (1100-650 B.C.)*, 2.ª ed., Warminster.
- Klengel, H. (1965-1970): *Geschichte Syriens im 2. Jahrtausend v.u.Z.*, 3 vols., Berlín.
- Kopcke, G. y Tokumaru, I. (eds.) (1990): *Greece between East and West: 10th-8th Centuries B.C.*, Nueva York.
- Kuhr, A. (2000-2001): *El Oriente Próximo en la Antigüedad, c. 3000-300 a.C.*, 2 vols., Barcelona.
- Lara Peinado, F. (1985): *Los arameos*, Madrid.
- (2000): *Mesopotamia*, Madrid.
- Lipiński, E. (2000): *The Arameans. Their Ancient History, culture, religion*, Lovaina.
- Macalister, R. A. S. (1965 reimpr.): *The Philistines. Their History and civilisation*, Chicago.
- Moscati, S. (1963): *L'Orient avant les Grecs*, París.
- Musti, D. et al. (1991): *La transizione dal Miceneo all'alto arcaismo. Dal palazzo alla città*, Roma.
- Noth, M. (1966): *Historia de Israel*, Barcelona.
- Olmstead, A. T. (1975): *History of Assyria*, Chicago.
- Osborne, R. (1998): *La formación de Grecia. 1200-479 a.C.*, Barcelona.
- Popham, M. R. et al. (eds.) (1993): *Lefkandi II. Part 2. The excavation, architecture and finds*, Londres.
- Roux, G. (1990): *Mesopotamia. Historia política, económica y cultural*, Madrid.
- Sader, H. S. (1987): *Les états araméens de Syrie depuis leur fondation jusqu'à leur transformation en provinces assyriennes*, Beirut.
- Sanders, N. K. (1985): *The Sea Peoples. Warrior of the Ancient Mediterranean*, Londres.
- Snodgrass, A. (1971): *The Dark Age of Greece*, Edimburgo.
- Soggin, J. A. (1997): *Nueva Historia de Israel. De los orígenes a Bar Kochba*, Bilbao.
- Starr, Ch. G. (1961): *The Origins of Greek Civilization, 1100-600 B.C.*, Nueva York.
- Treuil, R. et al. (1992): *Las civilizaciones egeas. Del neolítico a la Edad del Bronce*, Barcelona.
- Vercoûtter, J. (1956): *L'Égypte et le monde égéen préhellénique*, París.
- Wagner, C. G. (1999): *Historia del Cercano Oriente*, Salamanca.
- Ward, W. A. y Joukowsky, M. S. (eds.) (1992): *The Crisis Years: the twelfth century BC from beyond the Danube to the Tigris*, Dubuque.